

No sólo dar, sino darse

Una consideración teológica sobre el amor matrimonial

PEDRO RODRÍGUEZ*

«Nada hay que mueva tanto a amar como el pensamiento, por parte de la persona amada, de que aquel que la ama desea en gran manera verse correspondido». Son unas palabras de San Juan Crisóstomo¹, el Padre de la Iglesia al que ha dedicado tanta atención Mons. Alves de Sousa². Ellas contienen *in nuce* la respuesta a la cuestión que vamos a considerar, permanentemente planteada por los fieles a sus pastores. Es algo siempre presente, de un modo o de otro, en la preparación a la vida matrimonial y en el matrimonio.

El amor es darse, decimos. El que ama «no se conforma con dar: *se da*»³. ¿Pero se puede dar sin recibir? ¿Por qué languidece el amor, o incluso muere, cuando se da sin recibir o cuando se recibe sin dar? ¿No es necesario que el amor sea correspondido?

Hagamos una consideración teológica sobre esta triple cuestión.

* Profesor Emérito de la Universidad de Navarra – Pamplona (España).

¹ En su homilía XIV, n. 3, sobre la 2 Carta de San Pablo a los Corintios (PG 61, 500).

² Su obra emblemática: *El sacerdocio ministerial en los libros «de sacerdotio» de San Juan Crisóstomo*, Ediciones Universidad de Navarra, Colección Teológica, 9, Pamplona 1975, 268 pp.

³ San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, Madrid 1977, n. 80.

Vayamos, ante todo, a la Sagrada Escritura para recoger allí los elementos de una respuesta pastoral. Mucho se nos habla en los libros Sagrados del amor fraterno, del amor a los enemigos, del amor conyugal, del amor a los padres y a los hijos, del mandamiento supremo del Amor, de que el amor es lo que definitivamente permanece en el cielo. Basta acudir a unas «concordancias» bíblicas y buscar la palabra *amor*, *agápe*, para encontrar las cosas más profundas y bellas que la revelación divina nos ha comunicado acerca de nuestro asunto. Pero, sobre todo, encontraríamos lo que puede llamarse, sin temor a errar, la «definición» de Dios según el Nuevo Testamento: *Deus caritas est*, Dios es Amor. Así lo leemos en la primera carta del Apóstol San Juan (4, 8). Sobre esta expresión se ha volcado la gran tradición cristiana, para meditarla y comprenderla. Y el Papa Benedicto XVI la ha tomado para dar título y tema a su primera encíclica, que comienza así: «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él». Estas palabras de la Primera carta de Juan (4, 16) expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino». En la solemne profesión de fe que hizo Pablo VI en 1968, conocida bajo el título: «Credo del Pueblo de Dios», dice el Papa que Amor, junto con Ser, son dos nombres de Dios revelados que «expresan inefablemente la misma divina esencia de Aquel que quiso manifestarse a sí mismo a nosotros».

Por lo tanto, el tema nos invita a sumergirnos por un momento en lo más profundo de las cosas divinas, para, desde ellas, ilustrar las cosas humanas. No es esto irse por las ramas, sino algo muy radical y verdadero, pienso yo, sobre todo si se tiene en cuenta que el hombre ha sido creado «a imagen y semejanza de Dios». El Dios que se revela gratuitamente al hombre, a la vez que nos desvela su propio misterio, nos revela el sentido y fin último de nuestro ser y nuestra vida humanas. Por eso, al abordar los problemas de la afectividad y el amor humano, con sus derivaciones tan materiales y cotidianas, tenemos que acudir a Dios y a su Palabra. Porque sin Él todo lo humano es un enigma, y en Él terminamos, en sentido último, la verdadera proporción de las cosas.

Dios es Amor, decíamos. Es. Lo es en sí mismo. En el misterio de Dios se da, pues, del modo más esencial y eminente el amor. Un modo de darse el amor que es, sencillamente, serlo. Si esto es así, la consecuencia es simple y rigurosa. Cualquier otra expresión, cualquier otra forma o acepción de la palabra amor, cualquier realidad que pretenda autoasignarse esta noción, o es derivada y reductible a aquel Ser y a aquel Amor, o no merece en absoluto este nombre, lo usurpa. Bien sabemos que hoy, por desgracia, la palabra se emplea tantas veces para designar la caricatura no ya de este Amor divino, sino de lo más bello y noble del amor humano.

El amor, en lo más profundo de su naturaleza, implica darse, es salir de sí mismo, mira al amado, dice de suyo alteridad, relación interpersonal: «*actio quaedam ab amante transiens in amatum*» decían ya los antiguos que era el amor⁴. Alteridad, pues, pero una alteridad que aspira a superarse a sí misma por la unión con el amado, por la posesión y el gozo consiguiente. Y con esta constatación nos acercamos a la cuestión acerca de si el *dar-recibir* pertenece a la estructura del amor humano. Pero, para poder responder, fijémonos de nuevo en Dios como Amor.

La necesidad de lo interpersonal y de la salida de sí pertenece de un modo tan inmediato y primario a la naturaleza del amor que, una vez y otra, la humanidad –oscurecida su razón y con sus solas fuerzas naturales– ha caído en la tentación de explicar el mundo como surgido *necesariamente* de Dios: Dios que pone un *extra se*, diríamos, al que amar y en el que encontrarse a sí mismo y ser de este modo feliz: ¡tan difícil le es al entendimiento humano pensar el amor de un solitario, siquiera sea Dios mismo!

Sólo la revelación cristiana nos ha hecho entrever lo sublime e inefable de Dios, también en este punto. No es que Dios *tenga* amor a *otro ser* (lo que implicaría alteridad necesaria extradivina, y, por tanto, imperfección en Dios), sino que Él *es* Amor en sí mismo, amar es su acto de ser. Y además, no un amor egoísta y solitario, sino que en la unidad de Dios, en su perfecta y eterna unidad, se da –y éste es el núcleo de la fe cristiana– la mutua entrega de las tres Personas divinas, el diálogo y el Amor eterno del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No necesitaba Dios algo o alguien distinto de sí mismo a quien amar, si es que en Dios había de darse el amor. Por eso, el Concilio Vaticano I, con fórmula rigurosa y técnica, definió esta verdad diciendo que Dios es «*in se et ex se beatissimus*»⁵, que tiene una felicidad perfecta en sí y a partir de sí mismo. El amor es, pues, de un modo muy radical y originario, *darse*, entrega, comunicación a otro, éx-stasis. Y en la simplicidad de Dios esto se da, según la fe cristiana, de forma tan perfecta y autosuficiente que Dios, al entenderse y amarse a sí mismo, su acto eterno de amor es comunicación y diálogo *tripersonal* intradivino.

1. Con esta consideración trinitaria quiero apuntar la primera y más radical respuesta a la cuestión planteada: el amor en Dios es –por decirlo con los términos iniciales– *dar y recibir* de un modo tan perfecto que no es *unión*, sino *unidad*, mutua presencia e identificación de las Personas divinas («*circuminsesión*», éste es el tecnicismo de que se sirve la tradición teológica para designar la

⁴ Vid. *Summa Theologiae*, I, q. 37, a. 1 arg. 2.

⁵ Denzinger-Schönmetzer, n. 3001.

intercomunicación de esas tres Personas divinas por razón de su común esencia). Se da, pues, en Dios una perfecta ecuación entre la entrega y la posesión, entre el dar y el recibir, entre amor y correspondencia: *amor y redamatio*, decía Tomás de Aquino⁶. En cada Persona divina su dar se identifica con su recibir: todo su ser personal, dice la teología, es un *esse ad*, puro *respectus*, «relación» a las otras personas.

Si de Dios pasamos a la criatura, al varón y a la mujer, ¿qué decir de la estructura del amor humano? ¿Qué es aquí dar y recibir? ¿Hay ecuación, se exigen necesariamente entrega y correspondencia?

No se trata de especular. Nos movemos en el campo más inmediato de la experiencia humana, y ésta, en el punto que nos ocupa, se diría inequívoca: hay personas que aman –o aseguran amar– y no son correspondidas –o, al menos, afirman no serlo– por esa persona amada; *dan* y no *reciben*. ¿Qué decir, entonces? ¿Pertenece el binomio en cuestión a la alteridad estructural del amor humano? ¿Se puede amar y perseverar en el amor, con todas sus exigencias, cuando no se es correspondido? ¿Puede mantenerse una relación basada en el amor –concretamente, el matrimonio o las relaciones entre padres e hijos–, cuando no hay (o ha desaparecido) la proporción dar - recibir (cosa que, en el caso del matrimonio, es mucho más rica y amplia que el llamado «débito conyugal»)?

No puedo en esta breve reflexión detenerme en el análisis del amor humano interpersonal y de su analogía con el amor de Dios, que tan profundamente estudió Gustave Thibon⁷; habría, además, que profundizar la relación entre el hombre y Dios bajo el aspecto del amor. Pero pensemos, sobre todo, en Jesucristo, que sintetiza en su ser la respuesta a todas estas cuestiones.

Él es Dios y hombre, *perfectus Deus* y *perfectus homo*, para decirlo con la Tradición del Símbolo. Detengámonos en concreto en la humanidad de Jesús, en el hombre Jesús, como decía San Pablo; en Cristo *secundum quod homo*, como gustaba decir Santo Tomás⁸. En Él está realizada de modo perfecto la relación de amor del hombre con Dios y de Dios con el hombre. Cristo, en su humanidad, es la total y perfecta *expresión* del amor infinito de Dios al hombre; y, a su vez, la vida del hombre Jesús es la perfecta respuesta humana al amor de Dios. En

⁶ *Summa Theologiae*, I, q. 20, a. 2 ad 3; I-II, q. 40, a. 7 co.

⁷ Asistimos hoy a un redescubrimiento de este gran pensador francés (1903-2001), Gran Premio de Literatura (1964) y de Filosofía (1999), cuya obra *Sobre el amor humano* (en castellano Rialp, Patmos, n° 17, 1954) es tan penetrante. Vid. sobre la vigencia de Thibon, *Famille Chrétienne*, París, 10 de mayo de 2012.

⁸ *Summa Theologiae*, III, q. 7, a. 5 ad 2.

Cristo, y sólo en Él, se da una ecuación *dar-recibir* entre Dios y el hombre, tan perfecta que si bien hay alteridad de naturalezas, la unión es tal que se da en la unidad de la Persona Divina del Verbo.

Cristo es lo que hemos tratado de decir. Pero su ser es, a la vez y como consecuencia, pedagogía divina, revelación: en nuestro caso, revelación y pedagogía de lo que es amar con amor de hombre. De Él se ha escrito con fuerza y belleza incomparables: «Jesús es tu amigo. – El Amigo. – Con corazón de carne, como el tuyo. – Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... – Y tanto como a Lázaro te quiere a ti»⁹.

Él, en cuanto hombre, *recibió* cuando se *dio* del todo en la Cruz. La glorificación de la humanidad de Cristo es consecuencia de su entrega: es la respuesta del amor de Dios al amor humano de Cristo. San Pablo lo dice taxativamente: se dio hasta la muerte y muerte de cruz; y, por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre-sobre-todo-nombre (cf. Fil, 2, 5-11). El mismo Jesús había dicho con palabras muy claras que amar, en sentido propio, es *dar la vida*: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn, 15, 13). Él nos dio su vida, pero Él mismo nos fue dado por Dios Padre: «Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo Unigénito» (Jn, 3, 16). Queda, pues, definitivamente claro que la pedagogía divina expresada en el corazón humano de Cristo nos habla de la primacía incondicional del *dar*, de la entrega a la hora de entender el amor.

Pero la Palabra que Dios dirige al mundo no se pierde en el vacío, su amor no es estéril, sino suscitador y realizador de respuestas. Quiero decir que el *dar* va orientado al *recibir*, en el sentido de que el dar de Dios al hombre es un darnos la gracia con la que podamos responderle con nuestro amor. Así lo dice otro texto de la misma carta de San Juan que cité al comienzo: «No es que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó *primero*» (1 Jn 4, 10). Con lo cual se ve qué impropriamente se emplean los términos *dar-recibir* en la relación de amor entre Dios y el hombre, pues nuestro «dar», nuestro amar a Dios es, en última instancia, un don de Dios a nosotros.

Pero estas consideraciones teológicas ponen, con todo, de manifiesto, junto a la radical primacía del *dar*, qué importancia tiene el *recibir* en la estructura del amor y, por tanto, también del amor de las criaturas entre sí. Y es que el verdadero amor, que se manifiesta en darse, como he insistido, aspira por radical exigencia, a la correspondencia de la otra persona, a *recibir* de ella su propia donación. Desde el punto de vista psicológico –y a pesar de la jota navarra del «querer sin

⁹ San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 422.

esperanza»¹⁰—el hombre no puede amar con la totalidad de su ser (es el ser total el que se compromete amando), sin la esperanza de ser correspondido.

2. Con esto nos acercamos ya a una respuesta, que puede ser válida, a la cuestión de las relaciones hombre-mujer en el noviazgo y en el matrimonio. La enfermedad o la muerte del amor no proviene de que sólo se da o de que sólo se recibe.

Dar sin recibir es, en realidad, la *fase* primera de la entrega al ser amado, cuya dinámica se encamina hacia el *recibir* del otro; y, en cualquier caso, ese no recibir, o tardar en recibir, o recibir menos de lo deseado, pone de manifiesto que ninguna criatura humana puede *recibir* plenamente de otra lo que de verdad se espera al entregar el propio ser por amor; y revela, por tanto, que hombre y mujer no pueden realizarse por completo en la mera relación interpersonal, porque, en el seno de esta misma relación, se da una trascendencia —temática o atemática— hacia Dios, que debe aflorar para profundizar el sentido del amor humano.

Recibir sin dar, en cambio, no pertenece a la dinámica del amor interpersonal, es más bien su negación. Por eso, lo más frecuente es *querer recibir antes de dar*; no que no se quiera dar, sino que se espera primero recibir. La voluntad de dar, aunque aplazada y pospuesta, hace que todavía podamos hablar de amor. Pero el querer recibir primero invierte la dinámica del amor y lo encamina hacia posiciones egoístas: no hay salida de sí, no hay entrega, no hay riesgo, sino egocentrismo y, por tanto, utilización del otro, rebajándolo de persona a cosa. Es como pasar al cobro una letra de cambio sin haber hecho antes provisión de fondos... Como se ve, dar y recibir en la intersubjetividad humana es algo siempre amenazado e imprevisible. El problema, arranca de la tendencia del hombre a amarse a sí mismo, suprimiendo la alteridad *personal*, cosificando e instrumentalizando a la otra persona, que de sujeto pasa a objeto.

La aventura y la belleza del amor humano, por el contrario, están no en la ecuación *dar-recibir* —que es imposible en la horizontalidad de lo terreno—, sino en la *búsqueda*, en la tensa aspiración hacia la proporción adecuada de ese binomio y, en el seno de esa búsqueda, la experiencia de que el amor hombre-mujer es algo que trasciende a los amantes y se constituye en un llamamiento de Dios, sólo del cual puede el hombre *recibir lo* que en verdad le puede llenar. «Nos has creado, Señor, para que vayamos a ti, y nuestro corazón está inquieto

¹⁰ «El querer sin esperanza / es el más lindo querer; / yo te quiero y nada espero, / mira si te quiero bien...»

hasta que descanse en ti»¹¹. Aquí está también la razón de que el hombre pueda descubrir –y recibir–, por la gracia, un modo de totalidad en la donación a Dios que trasciende la mediación del amor humano nupcial (celibato).

3. A la última cuestión diría yo: sí, es necesario que el amor sea correspondido. Pero entendiendo esto en función de lo anteriormente dicho. Todo lo que está en el orden del *dar* el hombre a otro ser humano y de su aspiración a *recibir* en esa relación, sólo puede ser *saciado* por Dios. Digo esto para salir al paso de una superficial comprensión del amor humano y de la vida matrimonial, que medirían la firmeza y estabilidad del vínculo por la situación sentimental de los cónyuges. Esa superficial concepción llevaría a dos cosas: o a ofender el vínculo matrimonial para buscar otra persona con la que se dé la «ecuación» (adulterio, divorcio), o a la renuncia práctica al amor, a la donación al otro, manteniendo, sin embargo, el «status» (rutina, egoísmo habitual, utilización mecánica del otro). Ambas soluciones, prescindiendo ahora de su calificación ética, ignoran (u olvidan) la finitud radical de lo humano, la apertura al infinito del espíritu del hombre y el papel de Dios y del amor a Dios y de Dios en la dinámica del amor matrimonial.

Hay que ir siempre a los fundamentos sólidos para sacar criterios en el plano de la afectividad, y no a la inversa. Si esto se tuviera presente, tal vez fuéramos más cautos al emplear las palabras éxito y fracaso en relación con el amor humano. Cuántas veces lo que se llama un «fracaso» en el amor es en realidad una *chance*, una ocasión tremenda de entender qué sea verdaderamente amar y «rehacer» el amor. En última instancia, las dificultades de la adecuación *dar-recibir* invitan al hombre a profundizar en la naturaleza última del amor y en su relación al Dios que plenifica, según aquella afirmación de Tomás de Aquino: «El fin de todas las acciones y afectos humanos es el amor a Dios, por el cual se alcanza de un modo total nuestra definitiva plenitud»¹². El hedonismo de nuestra época no favorece precisamente entender el amor humano como sacrificio y como algo finalizado en Dios; pero pienso, no ya como teólogo, sino como fiel cristiano, que a esta época nuestra –y, por tanto, a nuestra gente joven que empieza a descubrir y a plantearse la amistad y el amor– se le debe hablar de Aquel que dijo: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Si a Éste no se le ama, nunca acaba uno de encontrar sustitutivos...

¹¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 1.

¹² *Summa Theologiae*, II^a-II^{ae}, q. 27, a. 6 co.

Para terminar, resumo en siete puntos lo que he pretendido decir:

1. En el sujeto que ama, amar es esencialmente *dar*, salir de sí mismo hacia el *otro*.

2. Por esta alteridad que es esencial al amor, también *recibir* se incluye constitutivamente en la dinámica de una relación interpersonal basada en el amor.

3. Sin embargo, por la finitud esencial y consiguiente imperfección del hombre, es imposible que el binomio *dar-recibir* sea nunca –y no sólo en los casos más aparatosos– *ecuación*.

4. El *dar-recibir*, en cada uno de sus dos polos, se presenta, pues, en el amor humano (y de modo no accidental, sino esencial) como aspiración y tensión.

5. Esta radical y constitutiva inadecuación entre el *dar* y *recibir* humanos aparece así como testimonio de la trascendencia inmanente al amor del hombre, que sólo puede *recibir* en plenitud de Dios y sólo a Él puede *darle* la totalidad del ser.

6. En la medida en que se da una apertura a lo sobrenatural y el hombre *recibe* el amor que Dios le *da* (gracia), el hombre en cuestión adquiere una especie de capacidad (participada de Dios) de «amar con el amor de Dios»¹³, es decir, de amar de un modo creador, de dar a las personas no sólo su amor sino, al dárselo, dignificarlas, mejorarlas y así capacitarlas de alguna manera para entender y responder el amor.

7. En Jesucristo, la Persona eterna del Hijo de Dios que asume la naturaleza humana, se nos revela: el amor de Dios al hombre, la respuesta perfecta del hombre al amor de Dios, la dinámica profunda del amor de los hombres entre sí.

¹³ La expresión es del libro de San Josemaría ESCRIVÁ *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, 97.